

Características formales de la Nueva Poesía Nicaragüense

Santiago de Anitua, S. J.

Tanto la historia política, como la historia cultural de Nicaragua se centra en torno a las dos ciudades, que fundadas por Hernández de Córdoba en el mismo albor de la colonia, levantaron desde entonces su antagonismo político y cultural: León y Granada. Ambas ciudades tienen sus características topográficas bien definidas, que han influido poderosamente en el mismo carácter psicológico de sus individuos. León, asentada al pie del Cerro Negro, en perpetua erupción de lava y ceniza, tiene reciedumbres de pelea, y su mismo nombre es una imposición acertada, que caracteriza su actitud. Granada, en cambio, a la orilla del precioso Cocibolca, —el mar dulce, como le caracterizaron los conquistadores— y a la orilla de esas isletas de maravilla, salpicadas en el gran lago por los dedos de Dios como unas macetas de paraíso, hermana con su temperamento guerrero, el estoicismo socarrón y resignado de quien se ha visto muchas veces asaltada de noche por piratas y extranjeros, saqueada por manos avaras, y desierta de mujeres, por obra y gracia de las piraterías. Y al mismo tiempo en trabazón imposible, junta en sí todo un ambiente de poesía, de evasión hacia el mar, de ensueño aventurero, de dulzura, de vitalidad exuberante y juventud enamorada. También su nombre encierra toda la complejidad de su carácter: aspecto guerrero de fortaleza moruna y fresca frutal de juventud.

Conforme a los caracteres de ambas ciudades, son los de sus escuelas poéticas. León, la ciudad intelectual y universitaria, presenta la poesía culta, de temas académicos y forma parnasiana. León no es propiamente revolucionaria en su poesía. Sus poetas contemporáneos más representativos son Salomón de la Selva, Azarías H. Pallais, Icaza Tijerino, Alfonso Cortés.

Salomón de la Selva, si excluimos unos cuantos cantos de guerra, compuestos con ocasión de la primera guerra mundial y que no ofrecen mayor interés, ha dedicado sus musas a la evocación de grandes personajes como Horacio y Hamilton. Ya en los temas se ve al académico que co-

noce perfectamente la historia moderna y antigua. Pero su forma —realista y cruda, aunque no opulenta— nos da la impresión de serenidad viril y enérgica en el enfoque de las cuestiones. Su mismo plan de evocación nos presenta a un hombre que conoce perfectamente las teorías modernas de psicología y ha leído a Adler, a Freud, y a los modernos historiógrafos psicólogos alemanes, como Emil Ludvig y Stephan Sweig.

De Azarías H. Pallais ya dimos un ejemplo al hablar de sus monorrimos alejandrinos. Sus temas son también religiosos y legendarios, cargados del fino humo, de quien ve el mundo de lejos, y de su erudición riquísima de literaturas extranjeras. Lo mismo podemos decir de Icaza Tijerino, más conocido por sus obras científicas de sociología, y que, al decir de Pablo Antonio, tiene un lenguaje enérgico y recto, con la rectitud de una espada.

Alfonso Cortés merece un estudio más detallado y extenso. Tal vez sea el poeta nicaragüense de forma más exquisita, incluyendo al mismo Dario, al que supera en delicadeza de gusto. Es también una personalidad totalmente leonina. Su forma parnasiana y su temática filosófica y pensadora lo acreditan. Pero Alfonso Cortés es, al mismo tiempo el que más se acerca a los poetas granadinos, por la potencia de su imaginación creadora. Por eso nos servirá su estudio de puente entre ambas escuelas.

Alfonso Cortés es un caso patológico de sensibilidad. Joven aún perdió la razón, y, como en su locura tenía ataques de acometividad y de suicidio, hubo de vivir amarrado a su silla, quieto en el patio o, si el tiempo era lluvioso, en su habitación de una ventana, recibiendo a través de sus sentidos inmóviles toda la vida de la ciudad, llena de muchachos, de ángeles vespertinos, de maullidos de gatos y de jóvenes enamorados. Por eso los sentidos de Alfonso Cortés están superagudizados, hasta percibir lo impercible, y su imaginación —en contraposición con la de los granadinos que es predominantemente visual— conjuga todas las sensaciones en sus imágenes que llamaríamos ultraistas por su multiplicidad, si no nos pareciera demasiado exquisito y espontáneo este poeta, para encerrarlo en una escuela determinada.

Suena un aire de niño tras las tapias, la plaza
trae patrullas de éxtasis antiguos a mi casa.

Es el efluvio del mundo exterior, que llega por el viento hasta sus oídos de loco encadenado. El viento es su amigo misterioso que le trae, a través de las ramas noticias de aquel mundo tan lejano. Y a veces su ventanuca encierra en sus barrotes todo el azul del cielo.

Un trozo de azul tiene mayor
intensidad que todo el cielo;
yo siento que vive allá a flor
del éxtasis feliz mi anhelo.

Desde su sillón comprende todo el hablar y aun el silencio congojoso de las cosas, cuando ni siquiera el aire susurra.

Y puebla el éxtasis crepuscular
el jardín lleno de congojas,
que tiene deseos de hablar
palabras dichas entre hojas.

El oído de Cortés ha alcanzado un desarrollo asombroso. Oye todo:

Yo usaba oír entonces la voz del complicado
mar de la tierra, del agua y del viento.

Oía tres mares a la vez en sus acordes complicados... pero aún más,
oía cosas desprovistas de sonido, lo inaudito... e interpretaba sus sensa-
ciones dándoles un sentido exacto y discriminándolas entre sí:

Los acentos
que hay dentro de los vientos,
son otros que sus ruidos.

Y esos ruidos extraños de las almas
Y en los tejados de las almas
mayan los ruidos de la tierra.

El ruido le obsesiona, le rompe esos tímpanos hipersensibles.

Cuando en el tumulto de la tierra
sientan los seres su soledad,
dará una tregua eterna la guerra
de los ruidos.

Ya es guerra para Cortés el tumulto de las cosas. Por eso escucha con
más apacibilidad el silencio. Pero no todo silencio es apacible, como esa
"música en silencio de la luna", hay también silencios estridentes:

Grita un agudo silencio en mis oídos.

Tal vez en esas horas de silencio nocturno, como escribía Rubén, en
esas horas de insomnio, Alfonso Cortés tiene que taparse los oídos y re-
sistir al ataque suicida, porque no puede soportar tanto silencio. Es ma-
ravilloso el mundo de este exquisito poeta leonés. Su oído se hace apto
para captar el concierto de la luz, de los astros, de los perfumes. Se ha
hecho ojos, olfato, gusto, todo. Ah, el ultraísmo, cómo vindicaría para sí
a este poeta ultraimaginativo!

Los violines del éter pulsan su claridad.
La alondra abre el lirio de su pico, para cantar
los dulces paisajes perfumados del sol

Pero, quizá, no es el oído el sentido más exquisito de Cortés. Su ima-
ginación olfativa hace su poesía ingrátida, sutil, aérea, espiritual. Alfonso
no sólo oye la luz, sino que la huele:

Y abrió la alondra el lirio de trinos de su pico
para cantar los dulces paisajes perfumados
del sol, que se gozaba inconsciente, en el rico
azul, rompiendo un vaso de perfumes dorados.

.....

Y cuando con la aurora cayeron las astillas
de luz del sol —que el pecho de los cielos perfuman.

.....

cortaba ramos de perfumes luminosos
con la cuchilla de la luna.

A veces la poesía de Alfonso Cortés suena a San Juan de la Cruz. En ese viento amigo, que le trae las noticias lejanas, se abre su alma, como una rosa y se volatiliza en éxtasis y en visión de Dios.

Voy a dormir mi sueño con mi alma, los dos
en mi lecho agitado por el viento de Dios

Porque Cortés siente a Dios. Es un sentimiento físico de Dios, de tocarlo con la mano, de ver los poros de Dios cubiertos de sudor divino.

Buscaré una mujer grande y tranquila
que haya tocado a Dios con la mano

Huele a Dios:

Sientes? En este sitio en que estamos los dos
huele a gas, huele a infancia, huele a mujer y a Dios.

Pero Cortés es todo sensación, sensación de sentidos hasta hoy desconocidos, extraños.

Volaba una hora dulce en el aire impregnado
de todos los perfumes de la vida.

La hora triste de espacio yerra.

Entre las ramas rápidamente pasa
un pájaro, y se acerca desde la torre una hora

Cortés es el poeta exquisito. "Rubén ha hecho nada más alto, nada más veloz, nada más escapado? —se preguntaba Coronel Urtecho. Yo creo que no. Pero en Cortés se ve al poeta intelectual, que lo ata a la tradición leonesa. Así tiene la canción al Espacio, en que plantea el problema filosófico de la esencia del Espacio y del tiempo.

Este afán de relatividad, de
nuestra vida contemporánea —es
lo que da al espacio una importancia
que sólo está en nosotros.

y acaba

Tiempo, dónde estamos
tú y yo, yo que vivo en tí y
tú que no existes?

Tal es el gran poeta leonés que merecía un estudio detallado, por ser el poeta más exquisito de la poesía nicaragüense. Si se acerca bastante a los granadinos, se diferencia empero de ellos, tanto en la temática intelectual, como en su misma métrica.

Así como en política Granada representa el bando conservador, de tradiciones venerandas, y León el bando liberal y revolucionario, en poesía es al revés: León es el partido tradicional, con sus gloriosos antecedentes poéticos y la tumba de Rubén en su catedral, y Granada es la ciudad revolucionaria con su generación de jóvenes dieciochoaños, que hablan de surrealismos y vanguardismos, burlándose del León de cemento que custodia la tumba de Rubén, y riéndose con humor sarcástico de toda tradición poética anticuada y falsa. La generación vanguardista de Gra-

nada fue en un tiempo eso: lucha, burla de la poesía burguesa amanerada, e importación de las novísimas literaturas extranjeras que entonces nacían.

“Si los jóvenes que dirigen estas páginas —escribían en su periódico “Vanguardia”— se dedican a dar a conocer las formas nuevas de otros países, lo hacen para enseñarnos a libertarnos de una versología de imitación, de una fantasía libresca, y de la insoportable poesía de Album, que es la poesía más cultivada por nuestros poetas y favorita de nuestras damas burguesas”.

Por eso el grito de Granada fué estridente y su forma tiene mucho de sorna y de burla juvenil. Buscan el ridículo de la poesía decadente:

Una estenógrafa se arregla
por tí las guedejas,
que el gran viento despeina,
dice: Un cisne es una flor.

Las esposas millonarias
propietarias de la mañana
se miran en el sol
y dicen: Gracias.

—Yo sé que tu eres de algodón.
(Coronel Urtecho. A un Cisne)

Coronel Urtecho se ríe también de los poetas sentimentales y luneros con su poesía a la luna de palo y con su oda —blasfematoria, diría Rubén— al Volcán Mombacho.

Para esta burla poética los nuevos poetas buscaban las palabras vulgares y el ritmo intravérsico, como un eco desagradable para los oídos académicos:

Yo soy un hombre duro como un duro,
Yo soy un hombre puro como un puro,
con un sólo pecado olvidado.

Juntamente con Coronel Urtecho fué Joaquín Pasos el propiamente vanguardista de este grupo de burla, que busca la verdad de las palabras y gusta de llamar a los W. C. por sus nombres, y a los músculos del cuerpo humano.

Pero es Coronel Urtecho el que resume en sí todas las escuelas poéticas de vanguardia. Es el hombre ágil a todo ritmo, y que como él mismo afirma puede sacar de su inspiración, como el Mombacho de su cráter

una flor,
una fiera,
como el prestidigitador de su chistera.

Después de aquella burla al león rubeniano, volvió al clasicismo —pero siempre al clasicismo real, sin ficciones ni amaneramientos— escribiendo una serie de sonetos preciosos, a la vida campestre y de hogar. Pero después se embarcó de nuevo, más ferozmente que nunca, rumbo a esos fondos misteriosos del subconsciente, donde, al parecer, haciendo verdadera la hipótesis de Freud, es el centro y guía de su vida el sexo

Quiero el eje del mundo en que tu giras
y tu estrella natal sexo de fuego.

En estos poemas "Líneas escritas en una enfermedad", que el mismo Coronel ha llamado "Lenguas", aludiendo a los discursos ininteligibles que los primeros cristianos pronunciaban por inspiración del Espíritu Santo, José Coronel tropieza incluso con la estrechez de la gramática, que se le queda pequeña, como fueron inservibles para Einstein los principios de la antigua física.

Coronel gira en torno a la mujer. Pero en este terreno escabroso, aparece también la mujer Purísima, María, que ha de ser la salvación para ese abismo en que se hunde.

Sé tú mi cuerpo sólido en tu cuerpo
que encuadran un estuario tranquilo.

El mito de las focas, que descubrió en su juventud, personificado ahora en Circe, reaparece de nuevo en su poesía, que rompe todo nexo de preposiciones y conjunciones.

Ni Ulises sabio, cerdos bajo el techo.

Pero como apuntábamos antes en este vértice en torno al sexo de la mujer, es la fe, la ley moral impresa en su corazón, la que le salva:

nombre de regla libra lo que el vórtice.

Y en los dogmas claros de su religión católica encuentra
"palabras rojas como boyas"
que encuadran un estuario tranquilo.

Así es este Coronel Urtecho, ardiente, polifacético, insatisfecho siempre en su poesía, que nadie sabe qué rumbos tomará mañana. A Coronel Urtecho le han seguido en sus ansias de depuración poética, Ernesto Mejía, Rodolfo Sandino, etc.

Sin embargo creo que la tendencia de esta nueva poesía nicaragüense, es, en general, como lo indiqué antes, un ansia de realismo que está reñido aun con estas escuelas, amaneradas al fin y al cabo. Este realismo se extiende en los más hasta el mismo lenguaje, que no retrocede ante los vocablos más sucios —cosa, que, por otra parte, gusta mucho a este pueblo amante del lado ridículo de todo, incluso del mismo hombre— queriendo hacer una poesía vulgar, que a veces degenera en plebea.

Esta fué la reacción más radical contra la exquisitez rebuscada del modernismo. Pero hay otra poesía de exquisitos, en que, mientras el realismo es vivo en los detalles pintorescos y en el fondo profundamente humano de los poemas, la forma permanece brillante y profusa de atrevidas imágenes —generalmente visuales— que germinan naturalmente, como un bello bosque tropical. Así es Pablo Antonio; asienta su poema sobre la realidad del asunto, e incluso de la geografía viva y de las observaciones acertadas; asienta sus versos sobre el camino de tierra por donde caminan los novillos y en donde cantan los pájaros.

Sólo a cuatro leguas la lumbre de un rancho.

.....

Desde esta distancia a 125 leguas de recuerdo.
Pablo Antonio es el hombre del camino.
Comprendes que el camino es un río con sed?

Y el hombre que ve horizontes de bondad en su Nicaragua buena.

Sus poemas —tal vez con más finura moderna —pueden compararse por los asuntos de honda y sana ternura campestre y familiar, y por la honda religiosidad que respiran, a los de José Ma. Pemán. Es un recuerdo íntimo el que los une en mi memoria cuando releo sus obras. Y tal vez no sean ambos tan conocidos, porque sus mismas características de honradez moral y de catolicismo verdadero, les ha restado admiradores.

Esta última clase de poesía nicaragüense no la podríamos hoy catalogar entre las escuelas propiamente de vanguardia, y sólo la podríamos llamar vanguardista, si consideramos que ha alcanzado un modernismo nuevo, con tanta elegancia formal como el de Darío, pero más verdadero y más humano. Es un modernismo nuevo, poesía de verdad. Y creo que con esto no he roto ninguna ilusión de aquellos jóvenes que pensaban revolucionar la literatura de su país. Porque lo lograron. No es necesario ser ultraísta o futurista o dadaísta, para ser poeta de verdad y encontrar una poesía pura.

Esta es la nueva Poesía Nicaragüense, que ha brotado pujante como una selva de trópico. Hoy cada pueblo en Nicaragua tiene su antología de poetas propios. La obra de Rubén fue fecunda: Nicaragua es conocida por algo más que por el sabor de su cacao, preferido de las reinas. Y hoy —para acabar con una anécdota personal, como me decía un literato español, la población de Nicaragua es “cuatro poetas, por Kilómetro cuadrado”.

Granada, (Nicaragua).

